

Calle Laberinto

JenniferA G L

Image not found.

Capítulo 1

Julio Lozano como cada anocheecer, acechaba.

Rosa Cerezo, aparecía por el fondo de la calle mal iluminada, cansada y resignada, cargando en su espalda una vida anodina, arrastraba los pies mirando al suelo, un día más,...suspiraba. Rosa era cenecña, de aspecto frágil y mirado, siempre con el cabello recogido en un casto moño, vestía de manera sobria y recatada, recordando de algún modo a un personaje creado por el zamorano Clarín.

A Julio le gustaba observar. Su vecina a la misma hora, cada día y de la misma manera, llegaba. A él se le antojaba el ser más delicado y enigmático que jamás hubiera visto. Era un hombre bien parecido, alto y de complexión fuerte pero tímido hasta el extremo. No le preocupaba demasiado la moda, así que iba de uniforme, tejanos y camiseta en verano, tejanos y jersey en invierno. Y sin querer, eso le hacía más atractivo. La opinión que tenía de si mismo era lamentable, tanto que usaba su profesión de parapeto, se dedicaba al diseño gráfico. Entre dispositivos tecnológicos y sus gafas como consecuencia de la presbicia, pasaba las horas trabajando en casa, recluso.

Se daba la casualidad, que desde hace un año, convivían sin saberlo. Sus respectivos balcones se miraban. Habitando en un espejo donde ellos eran los actores. Espiarse era inevitable, la naturaleza humana se imponía de manera ancestral. En ocasiones, Julio se sentía como un vil mirón, juraba con la intención, esa sería la última vez. Al día siguiente, repetía. Ya era un adicto.

Rosa se sabía vigilada, eso la confortaba, ponía todo su cuidado en que su vecino no se diera cuenta e incluso al llegar al portal cada noche, como cada día, realizaba el mismo ritual, fingía buscar afanosamente las llaves en el interior de su bolso y muy lentamente abría la puerta, permitiendo así, que él tuviera tiempo de recorrer su espalda, sensación que le causaba un culpable sentimiento. Al entrar en su apartamento, miraba el teléfono, sin señal de mensaje, una irónica sonrisa aparecía en su rostro. Recordaba cuando al morir sus padres, tuvo que ir a vivir con su tía Carmen, la solterona, y como esta le gritaba, ..sola, bien sola te quedarás,....cogiendo aire volvía a gritar.....si es que eres igualita que yo.

Maldita comparación.

Como de costumbre, descorría las cortinas, de reojo echaba un vistazo, sí ahí estaba él, comenzaba la función. Ella iba hacía su dormitorio, allí su silueta se adivinaba entre visillos, el papel se lo sabía a la perfección, no

en vano lo venía interpretando durante días, meses, un año.

Mientras tanto él, mal disimulaba, con la vista la perseguía, siempre en tensión.

No podía descubrirlo, moriría de vergüenza, pensaba sin dejar de mirar.

Rosa, se sentaba en un sofá estratégicamente colocado, Julio podía verla, pero no del todo, a pesar de su pudor, la coquetería era más poderosa. En estudiada pose, ella se reclinaba, dejando que la indiscreta brisa hiciera el resto y entonces, el delirio,.....liberaba sus cabellos.

A Julio, se le empañaban los cristales de sus gafas, y suspiraba. Los dibujos de la pantalla, perdían sus líneas rectas.

¡Si me mirara!, el suplicaba con el deseo. ¿ Y si le miro?, ella lanzaba un pensamiento.

Entretanto, la noche empujaba, así les llegaba el sueño acunados por el anhelo de los deseos no cumplidos.

Se cierra el telón ,mañana sera otro día.

Y, como muchos ,y muchas vidas, soñaban con imposibles imaginarios. Ella que no trabajaba en una zapatería de nueve y media ,una ensalada, luego hasta las ocho de la noche. Que era una sofisticada dama, con un importante cargo en la sociedad, muy atrevida...tanto que encaraba la vida. El, que vivía libre, sin mordazas, firme, pero por encima de todo valiente. Un conquistador nato, que solo chascando los dedos,.....podía robar el amor.

Los unicornios huían, al ver la llegada de un nuevo amanecer, este siempre puntual, después de una larga noche.

Otra vez, Doña rutina, de nuevo los mismos pasos, los mismos suspiros y el mismo guión. Transcurren los días, en un parpadeo, cada vez más cortos con sus noches más frescas.

Rosa y Julio, ya llevaban muchas representaciones, sin grandes cambios, solo el que ocurriera por causa ajena a los protagonistas. Esa noche era oscura, apenas se veía el principio de la calle, pero religiosamente él, a través de los cristales de su ventana, oteaba.

Ella regresaba a casa, algo ansiosa, no le gustaba la negrura de la calle, con paso más enérgico de lo habitual, avanzaba. Sintió el soplo del miedo en su nuca y de repente, su espacio vital lo figura invadido.

Dos respiraciones, dos latidos, dos almas y un terrible escalofrió... Rosa ya temblaba, no estaba sola. Quería volverse, enfrentarse con la sombra que la seguía, pero la parte superior de su cuerpo se había convertido en piedra, sus piernas apenas le obedecían, el terror la enganchaba por los tobillos.

En un inmenso esfuerzo, un grito desafinado, fugado de dentro, desde unos pulmones, ya para entonces pétreos. Ella llamaba sin voz, sabía que él aguardaba, siempre fiel a su regreso.

A Julio, sin saber porque, el corazón se le había acelerado, rompiendo su invisible coraza por fin se atrevía a salir, casi colgando su cuerpo a través de la barandilla de su ahora convertido balcón en balconcillo, pugnaba con auténtica desesperación por divisar, la causa de su taquicardia. Ecos femeninos desesperados de auxilio.

Allí estaba, al inicio de la calle, su menuda figura apenas se oponía al contrario, alguien forcejeaba en clara violencia. Rosa iba perdiendo terreno.

Así, inclinado con el pelo revuelto, Julio Lozano se había transformado en su ansiado deseo. Un hombre nuevo bajaba los escalones de tres en tres...no, ...más bien volaba, la calle se le hacía más larga y estrecha de lo que ya era..y en fugaz adagio, la espalda, la cintura, la cadera de Rosa.

Ya totalmente renovado, ...el brutal encuentro, un enorme sopetón con toda la rabia desde el impulso y el sórdido agresor en el suelo desconcertado. Es increíble como los tiempos cambian según quien participa, para Rosa y Julio, una eternidad, ...para el miserable asaltante, tan solo un instante.

Este, todavía atontado por la sorpresa ante semejante embestida y con la penumbra por complice, se arrastraba por el empedrado suelo, intentando una vergonzosa fuga. Había perdido la presa, otro se la quedaba, un vistazo, solo dos siluetas, pegada una a la otra...aprovechando entonces el desalmado, para hacer un mutis.

Una tímida lluvia decide aparecer, formando parte de un improvisado atrezo. Perfume húmedo que impregna las paredes, el suelo y la piel. Se une un silencio hueco, que hace de fondo a un cada vez más insistente sonido de las gotas al caer. Tal vez, el tiempo amablemente se ha detenido, el momento así lo requiere. En el teatro de la vida, se suceden espontáneos recursos naturales, que sin ensayo alguno, se permiten licencia.

Figurantes y comparsas, indispensables meritorios en esta representación.

Y todo esto sucede en perfecto orden, siguiendo un guión escrito y reescrito infinitas veces.

Los protagonistas entregados en este nuevo acto, abrazados...esperando el aplauso. Sin mirarse, sin moverse, con miedo a que se desvanezca y se quede en pura ilusión.

Rosa ya recuperada del asalto, en su rostro un ligero sonroseo. Julio todavía en plena exaltación, aún no habituado. Uti possidetis iure...

¿ Y la luna , qué ?...indiferente. Demasiado importante para ser parte de un decorado, eterna fisgona de miles de historias bajo todas sus caras. Escondida, en esta ocasión tras una tenue neblina..... ¿ Y ellos ?

Apoyados en la pared, como un guiño del destino, debajo del rótulo en el que se lee calle Laberinto. ¿ Y qué es sino, el camino hacía el corazón ?, un sendero enmarañado, enredado, rebujado, al cual solo los más ágiles y empecinados consiguen ganar la salida.

¿Se habrá roto la maldición de Doña Carmen ?

El elenco no se despide, no habrá saludo al público. La función continuará ,como en la vida misma, las historias nuevas , la viejas, las olvidadas, las imaginadas, las deseadas y tantas otras, se repetirán siempre.

JenniferA

